

Un paisaje digno de un pintor

David Ramiro Herrera Castrillón

Eran las tres de la tarde ese viernes 22 de abril del 2022 cuando llamamos el taxi en la Plaza Botero para ir a la casa del artista en el barrio Pedregal. Julieta tenía su cámara más que preparada porque íbamos a entrevistar a Fredy Serna, un pintor nacido en Medellín en 1971, cuya obra empezó a formar parte de la colección de arte del Museo de Antioquia desde 1995, cuando él era aún un joven estudiante universitario. Salimos rápido del centro rumbo al noroccidente de la ciudad mientras el día insinuaba el advenimiento de la lluvia. Tomamos la carrera 65, pasamos cerca del Hospital La María, subimos hasta la carrera 72, giramos camino a la Unidad Deportiva René Higuita y, al llegar a la calle 101, en menos de media hora, vestido con un pantalón y un abrigo de bluyín, con su metro setenta de estatura debajo de una gorra negra, nos recibió el maestro Serna, como suelen llamarlo incluso algunos de sus amigos, más allá de todo gesto adulator.

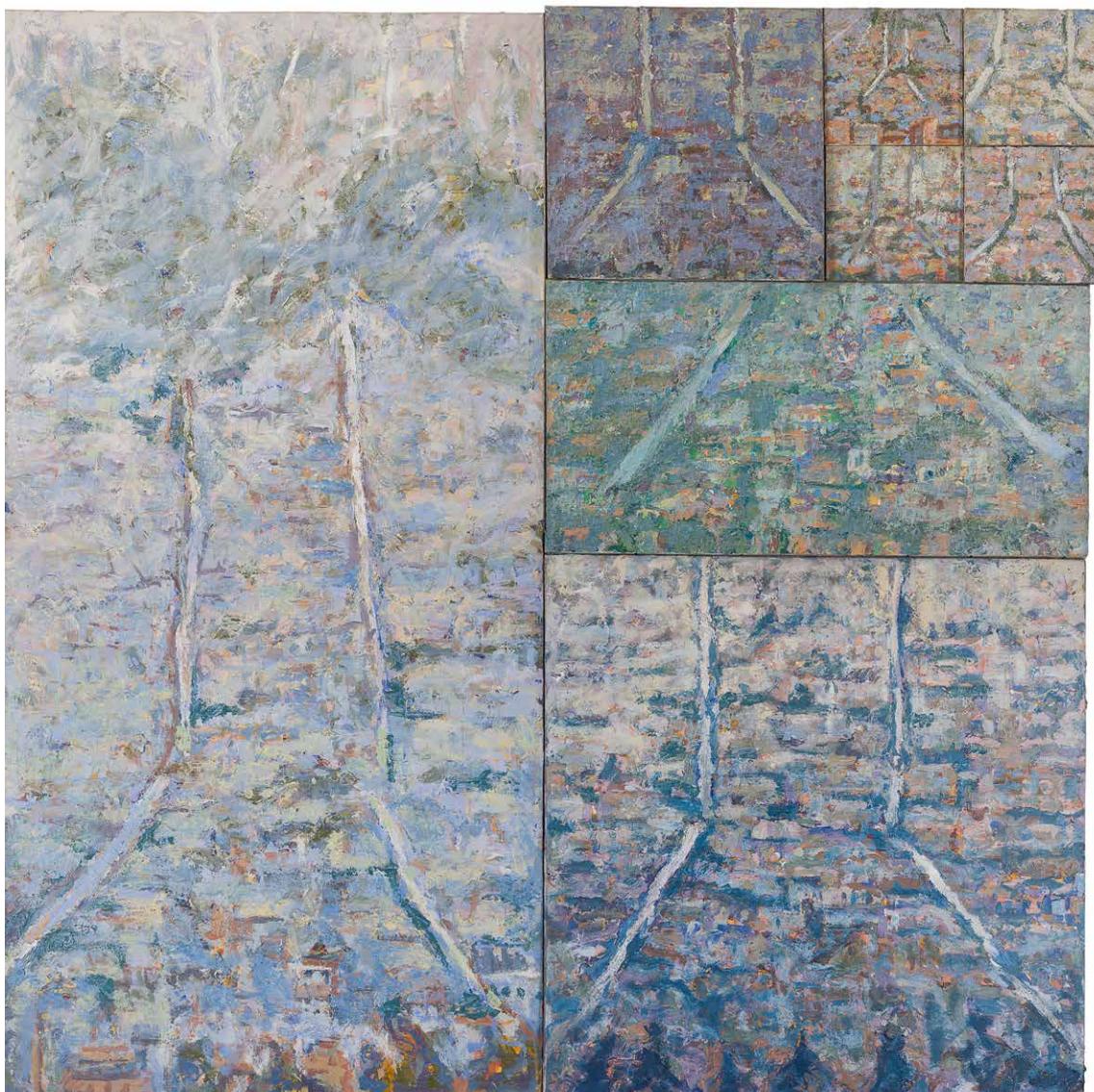
Una especie de campesino urbano

Un sobreviviente de la violencia de las últimas décadas del siglo xx en Medellín, un habitante de barrio que dedicó su vida al arte, un artista genuino de largo recorrido, un pintor con un lenguaje impresionista aferrado a la pintura como forma de expresión artística, un fabricante de pueblo cuya vivencia de la ciudad le ha permitido pintar su época desde una perspectiva vitalista. Esas fueron varias de las descripciones que encontramos antes de la entrevista al con-

sultar una serie de documentos acerca de la vida del maestro Serna, quien vive en una terraza de una casa de tres pisos, ubicada al lado de la quebrada La Velásquez, cerca de la Institución Educativa Alfredo Cock Arango, un colegio que ha resaltado la figura del artista como uno de sus egresados más destacados.

Su casa todavía conserva la fachada en adobe pelado y, en memoria de la herencia de su madre, el antejardín hace gala de unas plantas que no solo adornan la cuadra, sino que dan la bienvenida a las personas que van a visitarlo a él, a sus hermanas y a sus sobrinos. Una vez entramos al tercer piso después de subir unas escaleras estrechas avisándole a Julieta que agachara un poco la cabeza para que evitara golpearse al cruzar la puerta, el maestro Serna nos ofreció algo de beber e inmediatamente puso a preparar café. Juan Diego Márquez, un joven artista pereirano, conectado a su computadora, nos saludó desde la sala, ya que por esos días estaba realizando una suerte de residencia curatorial en La Tallera de Pedregal, nombre que el maestro Serna ha acuñado en los últimos años para referirse a su casa taller inspirado en La Tallera de Siqueiros.

“Yo nací en esta casa. La terraza siempre fue el lugar que habité desde niño por muchas razones. Actualmente, la terraza la compartimos con la huerta y con mi espacio”, nos confirmó el artista, presentándonos ese lugar donde cultiva una auténtica variedad de plantas con flores, verduras, legumbres y árboles frutales, entre ellas, sauco, ro-



Fredy Serna. *Cuadra dos*. Acrílico sobre tela. Políptico (ocho cuadros). 200 x 200 cm. 1995

mero, limoncillo, menta, orégano, tomate, heliconias, anturios, aguacates, mangos, guanábanos, cannabis y unas cuantas suculentas. “Donde queda la cocina solía haber cinco marranos y la sala donde estábamos hace un rato llegó a tener hasta cien gallinas. Yo soy una especie de campesino urbano. Crecí rodeado de plantas”. Pensando en su niñez, el artista nos contó que, desde los siete años, a veces, sobre todo los sábados, se iba a Mercados El Pedregal a cargar

mercados con arepas, papas, tortas y arroz, aparte de otros víveres y enseres necesarios en la tienda de su papá y en las casas de la gente del barrio, sin dejar de sonreír al rememorar cómo hacía los acarreos con uno de sus hermanos en un carro de rodillos con llantas de goma, que medía unos ochenta por ochenta centímetros, casi un metro. Y, alrededor de los dieciocho, en el granero de su papá creó *La tienda*, un dibujo que él considera su primera obra, la cual

ha reproducido de múltiples maneras, cargándola de una emotividad cada vez más intensa, pues allá descubrió la ciudad y, en el mismo sitio, su hermano fue víctima del terror de la época.

La familia del maestro Serna se asentó en Pedregal desde la década de los sesenta, poco después de la fundación oficial del barrio en 1959. De origen campesino pueblerino, oriundos de un municipio del oriente antioqueño llamado Alejandría, sus padres construyeron su casa con tanto esfuerzo como sus vecinos, arraigándose en las laderas de una urbe en permanente transformación. Don Manuel Salvador Serna Vargas y doña María del Carmen Giraldo de Serna, él tendero y ella ama de casa amante de la jardinería, de diecisiete embarazos, tuvieron nueve hijos. “Al ser el menor, he sido un poco el niño de la casa, aun lo soy, el niño de cincuenta”, nos dijo riéndose. “Ser el niño de la casa me dio muchas ventajas”. Consciente de la historia de su barrio, el pintor nos recordó que Pedregal surgió como un tipo de asentamiento promovido por el sistema nacional de viviendas de interés social del Instituto de Crédito Territorial, siendo un barrio obrero compuesto en su mayoría por familias grandes, de estrato medio bajo, como la suya. Por eso, según él, tanto las familias como las tiendas son dos elementos vitales para dimensionar la historia de los barrios populares, al igual que para comprender la configuración de una estética del barrio en la obra de ese niño que, aparte de jugar y de colaborar en el negocio de su papá, antes de su adolescencia, se acercó al arte.

“¿Qué imagen del arte iba a tener un barrio en formación en los años setenta? El barrio apenas se estaba construyendo. A duras penas había un colegio o una escuela. No tenía un centro cultural, ni una unidad de-

portiva, ni un parque. Había precariedad y necesidad. Lo más parecido al arte para mí eran unas imágenes de imaginaria popular que había en mi casa. Sin embargo, desde muy pequeño empecé simplemente a sentirme atraído por la arcilla. Alguna vez me dieron una cajita de acuarelas y se me perdieron. La primera vez que quizá conozco colores es cuando entro a la escuela o cuando mi papá tiene la tienda, que ahí vendían cajitas de colores. Tal vez la primera vez que dibujé o pinté fue en primero de primaria con *Nacho lee* en un tablero. O sea, el primer trabajo fue dibujar una ilustración del libro de *Nacho lee* en un tablero. Mi primer mural, un mural con tiza en tablero”.

La “hora Gaviria” y los toques de queda

Las colinas de Pedregal albergaron desde 1957 la primera sede del SENA para el aprendizaje industrial, reforzándose su valor simbólico con la elaboración de un mural al fresco pintado por el maestro Pedro Nel Gómez, un artista que vivía por ese entonces en el barrio Aranjuez. Igualmente, a partir de 1980, a través de las políticas de educación media diversificada, el barrio Pedregal vio nacer uno de los Centros Auxiliares de Servicios Docentes, el cual contó en un principio con cinco modalidades o áreas, una de ellas, artes, con dos opciones, bellas artes y artes aplicadas.

Esta zona tuvo la fortuna de haber sido privilegiada con la presencia de esos dos entes educativos de nivel nacional que imprimieron un giro a las dinámicas locales. De hecho, yo todavía tengo materiales que nos daban o que nos dábamos de ese CASD.

El maestro Serna nos explicó con su espíritu rockero que los centros culturales de



Fredy Serna. *Cuadros cuadrados*. Acrílico sobre tela. Políptico (ocho cuadros). 200 x 200 cm. 1995

Pedregal en su juventud fueron el CASD, la esquina, el parque y el atrio de la iglesia. “El CASD fue un espacio cultural donde había mucho arte: teatro, música, danza, algo inolvidable”. Precisamente, el maestro ingresó al CASD a la modalidad de artes en 1988; pero, desde los diez años, más o menos, mantenía contacto con unos muchachos que fueron los primeros estudiantes de artes plásticas del barrio. Antes de entrar al CASD, algunos de sus profesores – Luis Eduardo Araque, Hugo San-

tamaría, Jorge Herrera, Roberto Restrepo, entre otros— ya lo conocían. En medio de los afanes de la Medellín de los años ochenta, su paso por ese centro educativo significó el impulso de un deseo, además de la constatación de una vocación en su formación como artista. Y, sin dudar, siguiendo la motivación de sus profesores, con el apoyo de su familia, comenzó a estudiar artes plásticas en 1991 en la Universidad Nacional de Colombia, donde se graduó en 1997.

Fredy, como lo llama su hermana Nubia, sentado en una banca de madera, nos aseguró que las universidades en los noventa eran instituciones poco empáticas con los jóvenes provenientes de los barrios populares. “A mí me decían ‘el pintor de las comunas’ en un sentido despectivo, más bien, peyorativo”. No obstante, el mundo universitario le cambió su visión de la vida y, al alejarse de la cotidianidad de su barrio, eligió un sendero más individual, distanciándose aún más de las luchas comunitarias de resistencia desde el arte y la cultura que se daban en su comuna, como en el caso de la corporación artística Renovación, sin participar de manera activa en ellas. Al preguntarle cómo se adentró con su obra en el tratamiento del paisaje, mirándonos a los ojos, nos trasladó a una noche durante La “hora Gaviria”, entre marzo de 1992 y febrero de 1993, cuando estaba en su apogeo la violencia relacionada con el narcotráfico y, ante una crisis ambiental energética conocida como “el apagón”, generándose unos cortes de luz a determinadas horas, el presidente César Gaviria decretó el adelanto de una hora en los relojes del país.

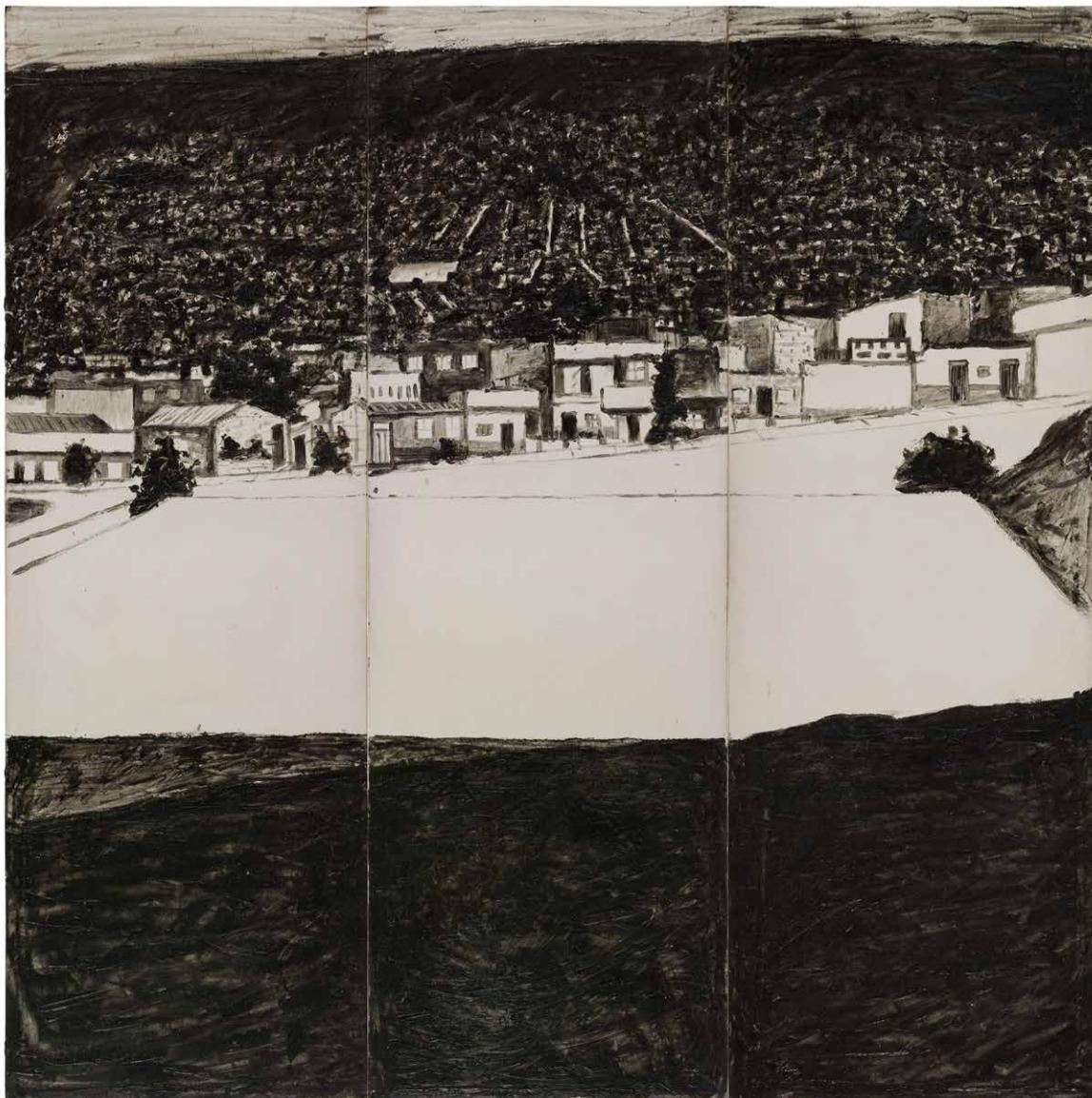
Nos quitaban la luz a las cinco de la mañana. Yo me reunía con los amigos del bachillerato por la noche para enrumbarnos. Y ya que no podíamos salir a la calle, amanecíamos en la casa de alguno de ellos. Vimos muchos amaneceres desde la ventana de unos amigos que tenían un balcón mirando hacia la zona nororiental. Se me viene mucho a la mente una imagen perturbadora de cómo, una noche, esa montaña quedó completamente a oscuras porque, de pronto, a las cinco de la mañana, se fue la luz eléctrica. Las luces son las que anuncian el amanecer porque se ilumina la luz natural y se van apagando las luces artificiales. Hice un par de pinturas después de esa experiencia.

Cuadra dos (1995) y Doce de octubre (2003)

La década de los noventa selló un periodo de exploración e invención del estilo pictórico que caracteriza la obra del maestro Serna, convirtiéndolo en un referente de las artes plásticas en la ciudad al momento de indagar, como lo hizo la investigadora Natalia Castaño Cárdenas en su libro *Barrios que cuelgan de la montaña*, cuál ha sido el papel del arte en los procesos de configuración del paisaje de los barrios informales en Medellín. También leímos una idea similar en una parte del libro, *Mitópolis. Un ensayo sobre arte y memoria en el espacio público*, de los profesores Elena Acosta, Manuel Bernardo Rojas y Juan Diego Parra:

Fredy Serna se inventa desde hoy (y desde hace mucho tiempo) una ciudad que con los años ha terminado por parecerse a sus obras... Fredy Serna hace sitio, rasga el espacio para que emerja el lugar, construye mitologemas que servirán algún día para reinventar éste, nuestro tiempo.

Si bien el artista se ganó el premio del XIV Salón Rabinovich del Museo de Arte Moderno de Medellín en 1994, el año de 1995 reafirmó una fase de auge en su carrera porque, además de ser elegido como protagonista para la filmación de un capítulo titulado “Manos a la obra”, dirigido por Óscar Mario Estrada, en la serie documental *Muchachos a lo bien*; el pintor fue merecedor de uno de los cinco premios de adquisición del XXII Salón de Arte Joven en el Museo de Antioquia con *Cuadra dos*, una pintura en acrílico sobre tela, de dimensiones variables, que tiene un hermano gemelo en el MAMM con el que funciona como mutuo espejo. El maestro nos confesó que él soñaba con exhibir su obra al lado de pin-



Fredy Serna. *Doce de octubre*. Acrílico sobre tela. Díptico. 240 x 240 cm. 2005

tores de la talla de Francisco Antonio Cano y de otros artistas antioqueños de su gusto.

Por esos días me encontraba preparando mi primera exposición en La Oficina, en la galería de Alberto Sierra. Y quizá la idea más destacada de ambas obras es la fijación de las dos calles que empezaron a aparecer como símbolos entre mis pinturas, que comienzo a repetir las y a centrarme en ellas en términos formales, observando a su alrededor diferentes tiempos, estaciones y temperaturas.

Jugando con el cuadrado, el concepto matemático o geométrico en este políptico de ocho piezas ensambladas responde a elucubraciones de teorías que aprendí en la Universidad.

El lapso de 1995 a 2005, cuando el pintor le donó al Museo de Antioquia su pintura *Doce de octubre*, un tríptico en acrílico sobre tela, de dos metros con cuarenta centímetros por igual, le dio un viraje a su vida como artista, pasando de lo contemplativo a lo participa-

tivo. Su contribución en el medio *Común...@*, su trabajo con el Centro Colombo Americano, su cercanía con la Corporación Cultural Nuestra Gente, su gestión en La Jíkara y su vínculo con TallerarTe, por mencionar algunos ejemplos, lo aproximaron al arte público y al arte relacional, que ha practicado a lo largo del siglo XXI, palpable hoy en día en su nueva obra en la Estación Doce de octubre del Metro de Medellín. Imagen de contraportada del libro *Desde al otro lado del canto* del poeta Helí Ramírez Gómez, e imagen de portada del álbum *Parias* de la agrupación Gordos Project, *Doce de octubre* fue la primera obra del artista en ser exhibida internacionalmente. “Este cuadro es del año del incendio en mi casa en 2003. Hay otro cuadro de las mismas dimensiones que está en el Banco de la República. Lo pinté para un evento, *Medellín, ciudad de extremos*, una exposición que se llevó a cabo en el Convent de Sant Agustí en Barcelona, España, al que asistimos más de diez artistas colombianos. Y se llama *Doce de octubre*, que es como nombran a mi comuna, por pura pica”.

El maestro nos aseguró que lo mejor de tener ciertas obras en una colección museística es que esas pinturas ratifican una personalidad en la medida que dicen algo. Eso sucede con *Cuadra dos* y con *Doce de octubre*, que son dos cuadros que representan dos ciclos de su recorrido artístico, uno de consolidación y otro de internacionalización, en una etapa de tránsito de los salones de exposición al espacio público. “Se siente muy placentero ver un cuadro de estos en un museo. La primera vez que vi *Cuadra dos* exhibido, me lancé a tocarlo y, obviamente, me regañaron. El placer de tocar un cuadro en un museo es algo inevitable. Luego estuve en el MDE07 y en el MDE11 tangencialmente”, nos aclaró en el instante. Y, sin parar, continuó hablándonos:

¡Me gustan los fundadores de museos! El Museo de Antioquia me ha brindado la oportunidad de ver algunos artistas que admiro, desde la obra de un Barceló hasta conocer películas como la de Jean-Michel Basquiat. De los pintores locales, respeto profundamente a Botero porque es un colorista, un pintor inigualable; a Cano, ni se diga; y a los pintores de la Sabana, por el paisaje. Algo me decía Manuel Hernández desde la pintura abstracta con la repetición constante de un mismo signo pictórico. También algunos de los once antioqueños, con quienes compartí muchas tardes. Mis maestros no necesariamente estuvieron en la academia, sino en la calle, en los cocteles, en las inauguraciones y en las esquinas.

De vuelta al centro en otro taxi, sus palabras retumbaban en mis oídos. La frase “el barrio es la génesis de la urbe” sonaba como un eco en mi cerebro. Esa era la clave: la consciencia de barrio. Quedarse en el barrio, ser de barrio, trabajar por el barrio y para el barrio. Barrio en singular. Barrio en plural. Aquellos barrios que conforman un paisaje digno de un pintor, tal como lo apuntaría Lisandro, un personaje de la novela *La noche de su desvelo*, autoría de su amigo Helí. “Él pinta ese paisaje”, insistía su curador Alberto Sierra. Y ahí estaba en realidad ese paisaje. Un paisaje de acento figurativo con ademanes abstractos. Entretanto, Julieta revisaba su celular, el cielo se teñía de sombras sobre El Picacho y mis manos formaban un río de silencios con cada gota de sudor.

David Ramiro Herrera Castrillón. Historiador y estudiante de la Maestría en Estética de la Universidad Nacional de Colombia –Sede Medellín–, se desempeña como investigador de colecciones del Museo de Antioquia.